

HOMILÍA DEL ARZOBISPO CHRISTOPHE PIERRE, NUNCIO APOSTÓLICO
22 DE FEBRERO 2020
LA FIESTA DE LA CATEDRA DE SAN PEDRO
SÁBADO, 22 DE FEBRERO DE 2020
RELIGIOUS EDUCATION CONGRESS, LOS ÁNGELES

Mis hermanos y hermanas en Cristo,

Como Nuncio Apostólico, representante del Santo Padre en los Estados Unidos, quiero expresar el afecto paternal y la cercanía espiritual del Papa Francisco a cuantos están reunidos aquí para celebrar la fiesta de la Catedral de San Pedro. En modo especial, quiero agradecer a Monseñor José Gómez, Arzobispo de Los Ángeles y Presidente de la Conferencia Episcopal.

La fiesta de hoy nos invita a mirar a la Catedral de san Pedro, nos estimula a alimentar la vida personal y comunitaria con la fe fundada en el testimonio de san Pedro y de los demás Apóstoles. Si imitáis su ejemplo, también vosotros, queridos amigos, podréis ser testigos de Cristo en la Iglesia y en el mundo.

La liturgia latina celebra hoy la fiesta de la Catedral de San Pedro. Se trata de una tradición muy antigua, atestiguada en Roma desde el siglo IV, con la que se da gracias a Dios por la misión encomendada al Apóstol san Pedro y a sus sucesores. Hoy recemos de un modo particular por el Papa Francisco y por su misión como sucesor de San Pedro.

La "catedral", literalmente, es la sede fija del obispo, puesta en la iglesia madre de una diócesis, que por eso se llama "catedral", y es el símbolo de la autoridad del obispo, y en particular de su "magisterio", es decir, de la enseñanza evangélica que, en cuanto sucesor de los Apóstoles, está llamado a conservar y transmitir a la comunidad cristiana.

Papa emérito Benedicto XVI explicó en la su audiencia general en el 2006:

¿Cuál fue, por tanto, la "catedral" de san Pedro? Elegido por Cristo como "roca" sobre la cual edificar la Iglesia (cf. *Mt* 16, 18), comenzó su ministerio en Jerusalén. ...Sucesivamente, la sede de Pedro fue Antioquía, donde "por primera vez, los discípulos recibieron el nombre de cristianos" (*Hch* 11, 26). Luego Pedro se dirigió a Roma, centro del Imperio, símbolo del "Orbis" —la "Urbs" que expresa el "Orbis", la tierra—, donde concluyó con el martirio de su vida al servicio del Evangelio. (Benedicto XVI, Audiencia General, 22 de febrero de 2006)

Así, la sede de Roma, después de estas emigraciones de san Pedro, fue reconocida como la del sucesor de Pedro, y la "catedral" de su obispo representó la del Apóstol encargado por Cristo de apacentar a todo su rebaño. Como San León Magno dice:

Él (Cristo) dice al bienaventurado Pedro: "Te daré las llaves del reino de los cielos; lo que ates en la tierra quedará atado en el cielo, y lo que desates en la tierra quedará desatado en el cielo".

La prerrogativa de este poder se comunica también a los otros apóstoles y se transmite a todos los obispos de la Iglesia, pero no en vano se encomienda a uno lo que se ordena a

todos; ya que, de una forma especial se otorga esto a Pedro, porque la figura de Pedro se pone al frente de todos los pastores de la Iglesia. (León Magno, Sermone 83)

La cátedra del Obispo de Roma representa no sólo su servicio a la comunidad romana, sino también su misión de guía de todo el pueblo de Dios.

San Juan Pablo II recordó que “la festividad litúrgica de la Cátedra de San Pedro subraya el singular ministerio que el Señor confió al jefe de los apóstoles, de confirmar y guiar a la Iglesia en la unidad de la fe. En esto consiste el *‘ministerium petrinum’*, ese servicio peculiar que el obispo de Roma está llamado a rendir a todo el pueblo cristiano. Misión indispensable, que no se basa en prerrogativas humanas, sino en Cristo mismo como piedra angular de la comunidad eclesial”. (Juan Pablo II, Angelus, 22 de febrero 2004)

Celebrar la "Cátedra" de san Pedro significa atribuirle un fuerte significado espiritual y reconocer que es un signo privilegiado del amor de Cristo, Pastor Bueno. Cristo es el Buen Pastor que no solo *da la vida* a sus ovejas, sino también *da su vida* por las ovejas; porque las ama y porque, al igual que para Cristo, todos, cada uno, somos importantes.

Esto es lo que también nos recuerda hoy San Pedro que, dirigiéndose a los pastores, exhorta diciendo: *“Apacienten el rebaño que Dios les ha confiado y cuiden de él no como obligados por la fuerza, sino de buena gana, como Dios quiere; no por ambición de dinero, sino con entrega generosa; no como si ustedes fueran los dueños de las comunidades que se les han confiado, sino dando buen ejemplo”*.

Una vez más, digo: “Cristo es el Buen Pastor que no solo *da la vida* a sus ovejas, sino también *da su vida* por las ovejas.” Hermanas y hermanos, si el pueblo seguía a Jesús, fue porque Él era Buen Pastor. No era ni un fariseo moralista; ni un saduceo que hacía acuerdos con los poderosos de su tiempo; ni un guerrillero que buscaba la liberación política de su pueblo; ni un contemplativo de monasterio. Él era un pastor que hablaba la lengua de su pueblo haciéndose entender, diciendo la verdad, las cosas de Dios, sin jamás negociar con ellas. Por esto le seguía el pueblo.

Hoy el Papa Francisco, en nombre de Cristo Buen Pastor, guía la Iglesia. Por lo tanto, debemos escuchar la voz de Cristo a través del Papa. ¿Qué dice el Papa Francisco? Comentando sobre Evangelio de hoy, dice:

En este momento, el Señor Jesús repite a cada uno de nosotros su pregunta: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?» (Mt 16, 15). Una pregunta clara y directa, ante la cual no es posible huir o permanecer neutrales, ni postergar la respuesta o delegarla a otro. Pero en ello no hay nada de inquisitorio, es más, ¡está llena de amor! El amor de nuestro único Maestro, que hoy nos llama a renovar la fe en Él, reconociéndolo como Hijo de Dios y Señor de nuestra vida. Y el primero en ser llamado a renovar su profesión de fe es el Sucesor de Pedro, que tiene la responsabilidad de confirmar a los hermanos (cf. Lc 22, 32).

Dejemos que la gracia modele de nuevo nuestro *corazón* para creer, y abra nuestra *boca* para hacer la profesión de fe y obtener la salvación (cf. Rm 10, 10). Así, pues, hagamos nuestras las palabras de Pedro: «Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo» (Mt 16, 16). Que nuestro pensamiento y nuestros ojos estén fijos en Jesucristo, inicio y fin de cada acción de la Iglesia. Él es el fundamento y nadie puede poner otro cimiento (1 Cor 3, 11). Él es la «piedra» sobre la cual debemos construir. (Francisco, Homilía, 22 de febrero de 2016)